

GUIOMAR EN GUADARRAMA

El coche que llevó a doña Pilar hasta aquel rincón de la sierra se adentró en esta lo más que pudo. La mujer, luego, continuó a pie resuelta a coronar la empresa que la había llevado hasta allí. Caminando lentamente por la carretera de la República, bien abrigada a pesar del calor que ya empezaba a jalbegar esa mañana de julio de 1979, la figura menuda de la octogenaria volvía a recorrer el paraje que marcó su vida. Tanto como la de Antonio, su gran amor. Un paraje por el que tantas veces habían transitado en su *tercer mundo*, ese refugio mágico e íntimo que crearon para sí, donde todo ocurre, todo se adivina. Hasta lo prohibido.

Su corazón, siempre más ligero que sus pies, volvió gozosamente medio siglo atrás para encontrarse de nuevo a solas con él en aquellos paseos furtivos por los parques de Madrid y por las calles de Segovia, buscando juntos remedio a su desamparo en los versos compartidos sobre el velador de un café o en el comedor de algún discreto hotel provinciano. Versos que repetían con empeño juvenil en el camino hacia una estación de tren que volvería a separarlos por un tiempo: una condena pasajera que aprovechaban para hacer crecer a ambos lados de la sierra el ansia de un nuevo encuentro. *En un jardín te he soñado, Guiomar, sobre el río.*

Ninguno de los dos entendía aquel juego como algo pueril. No lo era. Ni tampoco necedad. Fue —lo seguía siendo hoy para ella— la más pura experiencia de amor que dos seres humanos pueden compartir. Amor espiritual y encarnado a la vez. Amor que solo aspira al bien del otro, amor de renuncia mutua y consentida capaz de sublimar lo mundano. De arrasarlo. Un amor que la hipocresía de su tiempo no hubiera podido aceptar. Tal vez la de ninguno en que hubieran vivido: la maledicencia no conoce de épocas. Pero un amor firme y pujante como la hierba. Un escándalo. El más bello y virtuoso de los escándalos.

Fueron unos años que los transformaron. Años dulces de una pulsión arrebatada pero inocente que logró redimir a dos seres presos de sus respectivas soledades. Años del desvarío tierno de dos hijos de Dios desprovistos de malicia que, estando por encima de las convenciones del mundo, se acomodaron al que les tocó vivir haciendo santo e irreprochable cada minuto que pasaron juntos. Todos y cada uno de ellos. *Los racimos de un sueño —juntos estamos— en limpia copa exprimimos.*

Con el tiempo, Antonio comenzó a ser más conocido en los ambientes que frecuentaban. Acaso fuera eso lo que llevó a los dos amantes a explorar nuevos lugares de encuentro al resguardo de miradas inoportunas. Y allí estaba el Guadarrama, ese coloso que lejos de figurárseles, como antes, un cruel muro interpuesto entre sus afanes, se convirtió al punto en el patio inmenso y soleado donde hablar de lo eterno a golpe de versos y de manos entrelazadas. Tardes entregadas a lo irreal, a lo que solo el alma entiende, contemplando los valles y los riscos convertidos en guardianes celosos de sus secretos. Los ojos de Guiomar se humedecen al tiempo que se agitan el pecho y los recuerdos. Avergonzada, se detiene y mira en torno suyo, pero solo advierte la complicidad sin reproche de aquellos mudos testigos de su debilidad. Les está inmensamente agradecida. Toma aire, sonrío: ¡qué poco habían cambiado! Lo mismo que ellos dos, diosa y poeta, solo separados ahora por un aparente abismo hecho de corporeidad.

Había perdido la cuenta de cuántas veces aquellas moles graníticas, aquellos pinos y berruecos habían acompañado sus pasos, acompasando ella los suyos a los pies planos de su amigo; acompasándolos él a los latidos quebrados de su compañera. ¿Cuántas habrían sido? No más de diez de forma tangible, ciertamente, y cientos más, miles, las más dichosas, en puro espíritu. Esta sería la postrera, la que los uniría por siempre. Ya faltaba poco para llegar.

Miles, sí, porque desde algún burgués bulevar de la capital y, al mismo tiempo, desde las orillas del Eresma, el profesor de francés y la dama del Liceo fundían sus almas al paso de los coches de caballos, ella, y del agua que bajaba impetuosa desde los manantiales del Guadarrama, él. De aquel Guadarrama,

orgulloso maestro de ceremonias capaz de unirlos místicamente cada vez que lo evocaban. *Conmigo vienes Guiomar; nos sorbe la serranía.*

Luego vino la guerra y la muerte de Antonio. Ella tuvo entonces que multiplicarse para ensanchar y hacer florecer ese tercer mundo del que había quedado como única valedora. Cuarenta años había guardado fidelidad a un edén cultivándolo con el mimo de un hortelano sabio. Cuarenta conservando con devoción la memoria y las cartas de un hombre bueno en todos los sentidos de la palabra. Cuarenta años de silencio y de secretos. De comunión con el amado.

Por eso estaba aquí, por su amado. Sería la última vez que el corazón de Guiomar vagara en sueños llevándolo de la mano, como este hizo otras muchas con ella y con la pobre Leonor, aquella otra frágil mujer con la que apenas conoció una fugaz felicidad. El amor todo lo abarca, el amor todo lo puede. Guiomar lo sabe. Por eso hoy conduce a su poeta no para llevar su cuerpo sino su alma *a los azules montes del ancho Guadarrama.* Para siempre.

Ya había llegado. Pilar de Valderrama, la refinada dama de sociedad, la gentil tertuliana adelantada a su siglo, sabiendo cercano el momento de reunirse con quien tan noblemente se le entregó sin exigirle nada, había tomado una decisión. Declararía al mundo quién era y cuánto había sido amada. «Sí, soy Guiomar» gritaría, la Guiomar de Machado, la musa oculta del desaliñado trovador de Castilla, la enigmática y cantada diosa de un hombre maduro convertido en niño. Había llegado el tiempo de mostrarse ante todos tal cual era. Sí, ella era Guiomar y revelaría su nombre, descubriría sin pudor los miedos y debilidades que nublaron su vida, pero no desnudaría enteramente su alma. Y menos la de su poeta. Ese botín sería para otro ser excepcional, un gigante sereno y terrible que los sobreviviría y que crecería aún más alimentándose de sus secretos.

En el libro póstumo que había dejado escrito aparecerían algunas cartas de Antonio, solo unas pocas: las que oportunamente «había salvado al azar». La mayor parte de ellas, las más íntimas y sabrosas, las que salieron como lenguas de fuego de sus entrañas, dormirían para siempre en la tierra que ahora pisaba, la que tantas otras veces habían hollado en espíritu tomados de la mano. Cartas que, con su presencia escondida pero palpitante, darían al lugar un sentido

nuevo, capaz de inspirar emoción y deseo, paz e inquietud, asombro y nostalgia. Cartas que envolverían al caminante en el misterio del amor, de la poesía, de la vida.

Pensando en todo esto arrodillada, orante sobre la que llaman pradera de Navarrulaque, cavó con sus manos un agujero profundo en la tierra. Una tierra que obediente se desterronaba al ritmo de sus sollozos y que al cabo recibió sobrecogida un abultado atado de cartas primorosamente conservadas y, con ellas, las más exquisitas muestras de lirismo que jamás brotaron de un corazón enamorado.

Antes de tapar el hoyo y cubrirlo con ramas y cantos que apercibió con las fuerzas que le quedaban, depositó sobre el rimero de papeles otros dos que relejó con los ojos cerrados. Uno era la última copla que él le escribió. Sus dedos, febriles, lo habían garabateado en Colliure unas horas antes de morir. Átropos, menos severa de lo que suele, permitió al poeta retornar por unos momentos al Eresma cantarín:

*Esta agua de febrero
arrastra en lo escondido
prendas de amor sereno:
el tuyo y el mío.
En lo secreto.*

El segundo era el poema que ella misma compuso la noche en que por fin, claudicando ante la realidad, aceptó el destino de Antonio y el suyo propio al poco de instalarse de nuevo en Madrid tras la contienda. Una rima desesperada, una derrota que se ha hecho una con ella hasta hoy:

*Tu ausencia me fatiga más que el tiempo
y no hallo corazón sin ser tú brújula.
¿Dónde te fuiste, amor? ¿Cuál fue tu culpa?
Son mis manos ramas secas
si no juegan con las tuyas.
No hay palabras. Ya no hay versos...
Solo el silencio retumba.*

Guiomar, sosegada al fin su alma junto a la de su amante, miró en derredor, se recreó unos instantes en la belleza de cuanto la rodeaba y, muy despacio, arrastrando un cuerpo aligerado de pesadumbres, volvió por la senda que la había llevado hasta allí. Ya no volvería al paraje de Cercedilla que unos años después, no se sabe bien por qué, se llenó de rimas y palabras y empezó a ser conocido como *Los Miradores*. Los miradores de los poetas.

¡Qué nombre tan hermoso! ¿Cómo nacería? Quizás alguien presintió que justo en ese lugar, en su aire, en su entraña, late un legado inmortal, el tesoro más puro y honesto que custodia toda la mística del Guadarrama, ese ser sereno y terrible al que solo se conoce con mirada de poeta enamorado.

Pseudónimo: Tirant

Luis David San Juan Pajares